

El tiempo, ese ordinario¹

Beatriz Eugenia Henao



Ana Bustamante en colaboración con Carlos Pardo. Instalación Pasafuego. Proyecto arquitectónico-artístico. ECO / Fragmentos del mundo. Museo de Antioquia. 2023.

Del abstracto y misterioso tiempo *sabemos* que es algo que transcurre, que nos moviliza, que pasa y *vuela*, que hace buen o mal tiempo, que los años llegan y se van conforme a los meses del calendario, que hablamos de él mostrando continuidad y sucesión, que vamos de prisa a una cita médica y que la espera hasta que nos atiendan es lenta, que viajamos ineludiblemente hacia la muerte, que será posible viajar en el tiempo o, al menos, eso es lo que muestran las películas de ciencia ficción... ¿Por qué sabemos eso?

Con la intención de hallar respuestas podemos, por ejemplo, indagar por el término “tiempo” en un buscador de la Internet que, inmediatamente, nos propone cerca de 6.070.000.000 resultados. Ante un panorama tan amplio no nos queda más que confirmar que sobre el tiempo se investigan –o se dicen– muchas cosas. ¿Cuáles de esos resultados obedecen a una revisión sistemática que nos dé razones para creer, acoger o aceptar lo expuesto por este o aquel autor?

El tiempo im-preciso

Tal vez no sean necesarias grandes cavilaciones para llegar a la conclusión de que someter el concepto de tiempo al pensamiento lleva a un terreno movedizo de múltiples interpretaciones, en muchos casos inaprehensible. Siendo así, es válido afirmar que “todo el tiempo” está contenido y es continente de los distintos ámbitos de lo conocido, aunque permanezca incierta su esencia compleja y elusiva. En ese sentido, podemos acordar que, sobre el tiempo y sus discursos, emergen más preguntas que respuestas, poniendo de manifiesto que la palabra tiempo más que denotar, connota y pluraliza.

En la experiencia temporal del decir cotidiano, persiste la clásica idea de que el saber acerca del tiempo se sitúa en dos lugares del conocimiento. Uno que alude a nuestra percepción temporal subjetiva, y por lo tanto cualitativa, el otro como un hecho físico de la naturaleza que es objetivo y cuantificable. Sin embargo, se cuenta con una vasta producción académica que expone la importancia de indagar por los múltiples rostros del tiempo y por su pluralidad discursiva. Es decir, como vocablo el tiempo es polisémico; esto es, susceptible de múltiples interpretaciones (en las que se incluyen las percepciones individuales y colectivas en afinidad con usos, ideas, símbolos, imaginarios y creencias compartidas) y, como concepto, es pluriparadigmático (definido por cada disciplina en concordancia con su contexto epistémico).

Esas vertientes cobran hondura cuando se indaga por la historia del devenir del término tiempo. Desde el más recóndito pasado al fulgurante presente, cada estrato da cuenta de sus concepciones de tiempo y del modo como se incorporan en la base

del piso subsiguiente, de cómo se amalgaman y cómo otras se sobreponen, dando como resultado el encadenamiento de las variaciones de la discursividad acerca del tiempo, las que se instalan en el corpus temporal para la comprensión de los nuevos sentidos que cobra en el presente.² En esa vía, Norbert Elias³ sostiene que el concepto de tiempo comporta una síntesis de la experiencia temporal y de sus métodos de determinación. Un *saber de alta generalización* que es transmitido de generación en generación mediante los instrumentos intelectuales de los que se dispone en cada momento histórico.

De ese modo, no es ajeno que el vasto conocimiento sobre el tiempo y sus acepciones se compilen en nuestro acervo social sin extrañeza. De allí que hayamos hecho propias unas breves experiencias lejanas... Somos conocedores de que, por ejemplo, desde la aurora de nuestra especie los cambios cíclicos entre luz y oscuridad —del día a la noche— dibujaron la idea de transcurso entre nuestros antepasados. También, que el dios Thot medía el tiempo y los calendarios en el mundo egipcio antiguo y que los sabios babilónicos contaron el tiempo en semanas de siete días y abrieron el camino hacia la división del día en veinticuatro horas, la hora de sesenta minutos y el minuto de sesenta segundos.

Asimismo, el recuerdo de las clases de filosofía nos trae a la memoria los modelos de transcurso que nos aproximaron los sabios presocráticos en sus reflexiones acerca del *arjé*, de la esencia de todas las cosas. Para el caso, imaginamos a Anaximandro, al fragor de la vida, en la cosmopolita Mileto (s. VI a. C.) preguntándose por el principio constituyente de las cosas del universo. ¡El *arjé* es el *ápeiron!* (lo sin límites) que es ingé-

nito, indefinido, infinito y atemporal; todo lo existente en la naturaleza se desprende del *ápeiron* para experimentar la temporalidad y todas las cosas vuelven a él, sometidas a un proceso eterno de nacimiento y destrucción.

Estamos al corriente de que, desde el siglo VI, la cotidianidad en un monasterio benedictino fluye dando cumplimiento a la regla de los *siete instantes* de Dios.⁴ Así, la oración y la labor se marcan en concurrencia con el tañido de las campanas: maitines, laudes, tercia, sexta, nona, vísperas y completas. Desde ese modo de hacer, la campana cumple con la función social de fungir como recordatorio temporal y, no nos asombra que, aún en el siglo XXI, las campanas de la iglesia sean tocadas *a rebato* ante la emergencia de un incendio, una inundación, o cualquier catástrofe.

Para dar fin y no entorpecer el relato del que Ireneo Funes —el memorioso—⁵ es dueño, nos basta con recordar el invento del reloj. Un objeto manipulador que impregna a la sociedad de un ritmo hegemónico, de una prisa, una aceleración, de una asfixia que, atada a la muñeca o a la vista del teléfono móvil o instalada como marca en el monitor del computador, te indica, cuando lo miras, que cuentas con la escasez paradójica de ese invisible e ilimitado dios relojero que ordena el mundo.

Las voces al tiempo

Llegados a este punto, nos interesamos por la premisa de Jostxo Beriain⁶ de *hacer que el tiempo cuente*. Cuentos que parten de la cotidianidad, de los relatos y decires que, tejidos en la urdimbre de los hilos que anudan a dioses, hombres y mundo, nos permiten significar *al tiempo como esa sustancia de la*



Ana Bustamante en colaboración con Carlos Pardo. Instalación Pasafuego. Proyecto arquitectónico-artístico. ECO / Fragmentos del mundo. Museo de Antioquia. 2023.

que está hecha la vida. Una premisa que, articulada a la importancia de las palabras en la creación de la realidad, de cómo al nombrar damos vida a las cosas del mundo, nos propone la pregunta *¿cuándo es tiempo?* y respondemos, con vehemencia, *cuando la palabra hizo al tiempo parte de la realidad*.

Como parte de la realidad, en lo que sigue nombramos el tiempo cotidiano que se sucede en la bella y ordinaria vida, en unos retazos que hemos recogido en colectivo, en el suceder de un curso.⁷

El tiempo pasa y nos pasan historias

Vivo mi tiempo individual en las diferentes perspectivas que recogen las décimas de un

segundo, entre eternidades y fugacidades endógenas. Por este mi tiempo discurren la biología, la historia, la física, los ciclos lunares y las mareas, influyen el dolor y la alegría en lo más profundo de las entrañas de mi ser y de mi esencia. Sólo hay que mecerse y recostarse en la conciencia para escuchar sus latidos. El tiempo se me aparece en forma de mirada, en silencio y con la tensión de un cuerpo anhelando al otro de por medio. Un momento eterno por la sensación de inexistencia de tiempo. Una despedida, sin embargo, es la morriña anticipada, el deseo de esa infinitud. Es girar y que el alma vuelva dentro. Es volver a respirar. También me cubre —en colectivo— el tiempo marcado por el astro rey. Es un tiempo homogéneo si se habla de cercanía, en la lejanía es dispar al nuestro y juega al escape con la noche, anhelando a su amada luna. Ella, la más cercana, natural y de fácil observación nos muestra el nacimiento y la muerte del día, símbolo de que el tiempo pasa, sucede y existe. De este tiempo circular emergen ciclos, inicios y finales danzando al compás de un baile infinito, duradero, sempiterno: día y noche, día y noche, día y noche.

El tiempo, limitante, imparable e intocable se nos hace escurridizo, en furtivas visitas nos acorralla, nos condiciona. Insensible, intangible, imperceptible, continuo y fluctuante nos hace prisioneros y nos convierte en historicidad-recuerdo-memoria-olvido. El tiempo en el ser humano, individual o colectivo, se instala como un alquimista del futuro, del presente y del pasado, nos constituye en relojes vivientes y se adentra con ojos de explorador, desentrañando misterios y desafiando límites. ¡Para ser tan matemático, el tiempo tiene mucho de poeta!

Músico-temporalidad

La música es un discurso básicamente temporal, no solo porque utiliza un lenguaje de notación matemática que indica la duración del *tempo*, sino, principalmente, porque su

transcurrir sonoro produce en el oyente una experiencia de duración sensible y subjetiva, una narrativa musical singular diferente a la duración cronométrica, una narrativa que aporta a la construcción de la memoria individual y colectiva. En ese sentido, la música se lee como músico-temporalidad, en tanto establece una relación simbólica en la memoria de los colectivos sociales y su devenir.

Si acordamos, entonces, que la música es un dispositivo de la memoria que permite ir y venir en el tiempo, también es factible afirmar que la música es un instante que muta en recuerdo... La evocación del material sonoro y de la narración que propone la letra de algún tema musical, por ejemplo, de resistencia, hoy hace parte de la memoria colectiva. A la memoria nos llegan *La cucaracha* (revolución mexicana), *Bella Ciao* (resistencia partisana en Italia), *No pasarán* (canción republicana de la Guerra Civil Española), *El pueblo unido jamás será vencido* (Inti Illimani). O ¿qué tal las de denuncia social? como *Desapariciones* (Rubén Blades), *Latinoamérica* (Calle 13), *El vals del obrero* (Ska-P), *Niño bomba* (La Doble A).

El tiempo mientras un virus

En el recuerdo, *pandemia* suena parecido a pérdida. Es tiempo de pandemia, en singular, porque no hubo heterogeneidad en el suceder, se perdió el cambio y se instaló la sensación de inmovilidad. Frenar. Veníamos en una carrera por una autopista en la que no se oteaba el destino y, de súbito, nos frenaron en seco. Alejar, un verbo recurrente; nos prohibieron la cercanía, nos alejaron de nuestras amadas rutinas —abrazo, cuerpo, calidez, textura, olor, sonido—. Hacer, un hacer que se tornó en un frenético ciclo de monótono encierro virtualizado. Negar, una negación con quejas y suspiros que dio lugar al tiempo de los lamentos. Devenir sin propósito, solo a la espera de que el mundo volviera a la normalidad; luego alumbró una comprensión, o más



Ana Bustamante en colaboración con Carlos Pardo para el proyecto ECO. Instalación PASAFUEGO.

bien, germinó una resignación: entendimos que ese tiempo era ineludible, que había que hacer algo con él, que había que hacer algo de nosotros. ¿Cómo habitar? ¿Cómo ser en eso nuevo que éramos? Porque ¿qué es más esencial en nosotros que el tiempo? El devenir es sustento del ser, lo constituye —. El tiempo de pandemia igual que el cruel Cronos, no solo se devoró a sí mismo, también nos engulló a todos sin piedad alguna.

Las sensaciones del instante

¿Qué es un instante? Una duración indefinida que ni es, ni deja de ser, pero que se siente mística, sorpresiva y cambiante. Una oportunidad súbita y efímera con múltiples efectos. Un regalo de la vida para las personas que caminan despiertas. Una estrella que explota en supernova. Un dejar la vida en cualquier momento. Un destello de con-

ciencia en la oscuridad del tiempo. Un trago de memoria con nostalgia. Una chispa que detiene las horas y desvanece las fechas. El recorrido de un balón de fútbol que viaja hacia gol a cincuenta metros de la portería. Un latido del alma. Un punto de inflexión en la continuidad temporal. Un trastorno del devenir. Una parte infinitesimal de tiempo sutilmente aniquilado.

El tiempo del desamor en mí

Desde la lógica – mensurable y desapasionada – de la órbita que traza nuestra nave azul alrededor de la familiar estrella, un lustro atravesado por bisiesto corresponde a un quinquenio y un poquito. Nada más simple para la aritmética elemental que por ventura de la vieja astronomía babilónica y por arte de la generosa multiplicación, considere conveniente convertir el singular lustro en mil ochocientos veintiséis días o en cuarenta y tres mil ochocientos veinticuatro horas o en una exuberancia de dos millones seiscientos veintinueve mil cuatrocientos cuarenta minutos. Para un relojito común, su sencillez vals del tic tac durante un lustro atravesado por bisiesto y al ritmo de un movimiento circular uniforme, logra medir la maravilla de ciento cincuenta y siete millones setecientos sesenta y seis mil cuatrocientos segundos. Mientras tanto, la aurícula derecha de mi corazón también sabe que a un lustro atravesado por bisiesto le caben – cuanto menos – 163.766.400 pulsaciones de inefable distancia.

Tiempo de cierre

Cubiertos los minutos del tiempo de escritura, nos sorprende el fantástico número de historias del tiempo que los seres humanos hemos venido narrando desde *siempre*, las que se han construido en forja entre el suceder desapacible y el acontecimiento cumbre, el instante y la eternidad, la medida del tiempo y su experiencia, el tiempo del mundo y el tiempo de la vida.

El tiempo se narra para significar la experiencia de estar vivos, ya sea instalados en la rueda del destino o, tal vez, insertos en los universos múltiples en compañía – si y no – del gatito de Schrödinger. Viviendo a la espera del juicio final o indagando el futuro en las previsiones de las ciencias y también en la consulta con la adivina y el astrólogo. Sintiendo el paso de la cotidianidad del tiempo como un alma domiciliada o como un alma callejera.

En este mundo hecho de palabras, viene bien que continuemos preguntándonos por el tiempo desde la *estética de lo ordinario*. ¿Cuáles son sus cuentos?

Notas

- 1 Se nos antojan las voces del tiempo que emergen desde la cultura ordinaria. De aquello, que desconocido por la teoría circula en las palabras hechas voz y que según Michel de Certeau, nacen en la inventiva de las prácticas cotidianas.
- 2 Sobre este planteo se sugiere el artículo Castro, Sixto J. (2001). Una constitución del concepto de tiempo en *Estudios Filosóficos*, 145, pp. 461-497.
- 3 En “Sobre el tiempo”, el sociólogo Norbert Elias expone sus premisas sobre el proceso civilizatorio, situando al tiempo como una institución social que permite a los individuos insertarse en el flujo del acontecer cultural.
- 4 Siete veces al día te alabo... *Salmo* 119:164.
- 5 “Funes, el memorioso”. Relato de Jorge Luis Borges que hace parte de su obra *Ficciones*.
- 6 Beriain, J. (2008). *Aceleración y tiranía del presente: La metamorfosis en las estructuras temporales de la modernidad*, Ánthropos.
- 7 Curso Temporalidades sociales. Facultad de Educación. UdeA. Son muchas las voces detrás de las palabras. Se resaltan apartes de Marta Payá Gil, Julián David González Zapata y Jhan Carlo Agudelo Alzate.

Beatriz E. Henao V. Profesora de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia.